

Carlos emprendió en los últimos días de noviembre la marcha hacia el Sur, y los florentinos, bajo la dirección de Savonarola, se ocuparon en organizar su república con una constitución democrática pero moderada que logró efectivamente conciliar y satisfacer las pretensiones e intereses de todas las clases de una manera excepcional y feliz.

No tardaron, sin embargo, en surgir las divergencias naturales y el inevitable conflicto entre los florentinos y su consejero eclesiástico, pues que la concordancia entre éste y aquellos solo había existido en puntos secundarios, mientras las aspiraciones principales diferían tanto, que no había inteligencia posible. Savonarola no era reformador de la Iglesia en sentido eclesiástico sobre la base del Evangelio: era moralizador entusiasta y hasta fanático. Estaba dotado además de un raro talento político-práctico; pero tocante a religión, no se hallaba a la altura de su época, pues no supo comprender el espíritu del renacimiento, ni las nuevas tendencias, producto del desenvolvimiento de la inteligencia humana, y a las cuales ni los individuos ni las colectividades podían oponerse, so pena de ser arrollados. Savonarola predicaba la penitencia, la vida católica y santa, y la renuncia y extirpación de abusos en el gobierno del Estado y en la Iglesia, lo cual le daba hasta cierto punto el carácter de adalid de principios liberales; pero pronto se echó de ver que estaba fuera de su época. Si criticó la degeneración de la Iglesia é hizo responsable al papado de la corrupción, fué con el espíritu atrasado y reaccionario de la Edad media, porque al propio tiempo, en la civilización é ilustración del renacimiento y en el vivo y exuberante cultivo de la inteligencia y de la belleza, no vió más que un extravío lamentable de la humanidad, que olvidaba así su destino verdadero y se hundía en el cieno y en los pecados, buscando en lugar de la gloria su condenación eterna. Por eso no se cansaba de excitar á sus conciudadanos y al mundo entero á arrepentirse, á hacer penitencia, á renunciar á su vida pecaminosa, á huir del mundo, de la carne y de sus goces, y á cumplir, pensando siempre en la salvación del alma, los mandamientos divinos con la nimiedad más escrupulosa. El ideal de Savonarola era el régimen y vida monacales; en su concepto el mundo debía ser un vasto convento, y toda la humanidad una comunión de frailes penitentes. Es decir, que la doctrina y los sermones de Savonarola venían á ser una guerra sin cuartel al espíritu moderno que entonces extendía rápidamente su dominio. Savonarola quería reemplazar por la vida monacal austera de la Edad media, completamente contraria al desenvolvimiento de las agrupaciones políticas, la sociedad y la vida intelectual modernas. Era natural que sucumbiera en esta lucha desde el instante en que se conociera la incompatibilidad de su tendencia con la de la época. Los florentinos no podían menos de abandonar á un fanático que, si bien les había ayudado á recobrar su libertad civil y á redactar una constitución política la más perfecta posible, calificaba de extravío pecaminoso, de renuncia á Dios y de gravísimo pecado que debía expiarse con duras penitencias todo lo que adornaba y heroseaba la vida, lo que les era caro y les daba un título de grandeza histórica y universal. La marcha de los sucesos de la guerra, el ataque de los franceses á Nápoles, aceleraron la catástrofe inevitable atendida las condiciones todas de la época.

Mientras los florentinos, vivamente impresionados por la expulsión de los Médicis y el restablecimiento de su libertad republicana, escuchaban los sermones del potente Savonarola y se disponían, los unos creyentes, los otros dominados por la novedad y todos conmovidos, á cambiar de vida, ajustándola á la austera doctrina del predicador, para ganar la salvación eterna, no faltaron indiferentes y genios maliciosos y

burlones que ridiculizaron con chistes mordaces la súbita conversión de gente hasta entonces tan vividora y liviana. Entretanto Carlos VIII, en su marcha hacia el Sur y con el apoyo de la poderosa familia Colonna, adversaria de los Borgia, obtuvo del vacilante papa Alejandro VI el libre paso por los Estados de la Iglesia para marchar contra Nápoles. A fines del año entró el ejército francés en la ciudad eterna y bajo su presión cedió el Papa á las exigencias del rey de Francia, entregándole algunas plazas fuertes y además al príncipe Dyem, el infeliz hermano del sultán Bayaceto II, del cual Carlos VIII se quería servir para la realización ulterior de su proyecto de liberación de la Palestina. Al mismo tiempo el Papa prometió al rey la investidura del reino de Nápoles, donde Carlos fué igualmente afortunado.

Hacia entonces cabalmente un año que Alfonso había sucedido á su padre Fernando en el trono de Nápoles, á saber, el 24 de febrero de 1494, y desde entonces el nuevo rey había excitado contra sí á todo el mundo con su vida relajada y su despotismo. Así, cuando los franceses entraron en el territorio napolitano se sublevaron tantas provincias, que Alfonso, desesperando de dominar la situación, abdicó á favor de su hijo Fernando y se refugió en un convento de Sicilia. Esto facilitó singularmente al rey de Francia la conquista del reino, porque Fernando II, desalentado también como su padre al ver cundir á su alrededor la traición, buscó igualmente refugio en Sicilia. Los franceses, que se condujeron con inculcable desenfreno en el país, no defendido por nadie, entraron el 22 de febrero de 1495 en la capital, cuyas dos ciudadelas se rindieron pocos días después. Ya entonces se estaban amontonando por todos lados peligros para Carlos VIII, que amenazaron hacerle perder el fruto de sus fáciles triunfos. El Papa no le quiso dar la prometida investidura del reino de Nápoles; los reyes de Aragón y Castilla pidieron satisfacción por la violación del territorio del Estado de la Iglesia, y Fernando el Católico por su parte opuso los derechos de su casa sobre el reino de Nápoles á los de la casa de Anjou, momentáneamente triunfantes. La situación se iba poniendo muy mala para Carlos VIII, cuando éste, prescindiendo de la investidura del Papa, se hizo coronar rey de Nápoles el 12 de mayo de 1495. Después salió para Roma con el intento de pasar desde allí á la Lombardía; pero el camino de la Italia del Norte ya no estaba libre y fué menester forzar el paso con las armas, pues lo defendía un ejército puesto en campaña por una liga que Ludovico el Moro había organizado tan pronto como hubo conocido su error respecto de los propósitos del rey de Francia, el cual, victorioso en Nápoles, no dejaba de quitarle el ducado de Milán. En efecto, Carlos VIII no solamente no cumplió su promesa respecto del principado de Tarento y de la ciudad de Pisa, sino que amparó abiertamente las pretensiones que sobre Milán hizo valer su primo y presunto sucesor en el trono de Francia, Luis de Orleans, como nieto de Valentina Visconti. No necesitó más Ludovico el Moro para cambiar completamente de política. Por otra parte, la invasión de los franceses había alborotado á todos los antiguos adversarios de los Valois, que culpaban su inextinguible sed de aumento de poder. Esto facilitó á Ludovico el Moro la formación de la liga contra Carlos VIII cuando el rey estaba disfrutando con los suyos las delicias de Nápoles, donde sus oficiales y soldados hacían con su desenfreno lo posible para resucitar los recuerdos más funestos de los comienzos de la invasión francesa en Italia. La república de Venecia, el papa Alejandro VI, el desposeído rey Fernando II de Nápoles, y por supuesto el instigador de la liga, Ludovico el Moro, se juntaron contra los franceses, y se les asociaron Fernando de Aragón é Isabel de Castilla.

Cuando Carlos VIII procedente de Toscana bajó los Apenninos se encontró cerca de Fornuovo, en el valle del Taro, frente á frente con un ejército de la liga, al cual derrotó completamente en el espacio de una hora el 6 de julio de 1495. En esta primera batalla de la guerra se demostró la superioridad militar de los franceses sobre la de los italianos y de sus jefes de bandas mercenarias, acostumbrados todos á las guerras en pequeña escala, á manera de diversion, mientras los franceses habían aprendido en las campañas contra los ingleses á hacer la guerra con grandes fines políticos. A pesar de esto, Carlos VIII, tan inconstante en la ejecución como exagerado en la concepción de sus proyectos, renunció á continuar la lucha, contra el deseo de Luis de Orleans, y en octubre de 1495 en Vercelli hizo la paz con Ludovico el Moro, el cual, cansado también de la guerra, se obligó á separarse de la liga y recobró á Génova á título de feudo francés.

Entretanto se efectuó en el Mediodía un gran cambio: Fernando II regresó de Sicilia, y al presentarse en su capital se alzó en armas la población contra los franceses; el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, reconquistó como de corrida para Fernando é Isabel de Castilla todo el reino; el ejército francés mandado por el duque de Montpensier fué cercado cerca de Atella y tuvo que capitular en el verano de 1496; pero antes que llegara á embarcarse para su patria, sucumbió en su mayor parte con su jefe á impulso de una epidemia causada por los excesos cometidos. El resto del ejército mandado por el valiente condestable Aubigny continuó la resistencia; y como entretanto muriera el rey Fernando II sin dejar sucesión directa, le sucedió en el trono su tío paterno Fadrique, el cual amnistió á los que se habían pasado á los franceses, y Aubigny evacuó con sus fuerzas el país en virtud de un convenio. Así quedaron completamente anuladas las ventajas alcanzadas por Carlos VIII con tan pocos esfuerzos. También tuvieron que evacuar los franceses la plaza de Ostia en el Estado de la Iglesia.

Este cambio tuvo todavía otras consecuencias; las iras de la liga victoriosa, que á instigación de Ludovico el Moro había entablado negociaciones con Maximiliano, que había prometido acudir con un ejército, se dirigieron contra Florencia, que no solamente se había quedado apartada de la liga, sino que continuaba fiel á la alianza hecha con el rey de Francia, siguiendo los consejos y excitaciones de Savonarola, que no podía renunciar á su creencia de que Carlos VIII era el instrumento elegido y enviado por Dios para la enmienda de la Iglesia corrompida. La violencia con que atacó Savonarola la vida disoluta de la corte papal le hizo en ésta continuamente nuevos enemigos, los cuales se unieron á los muchos adversarios que el prior de San Marcos tenía en Florencia y á los partidarios de los Médicis, que trabajaban para restaurar á Pedro. Todos estos elementos contrarios á Savonarola unidos contra él tomaron una actitud más decidida cuando Carlos VIII, que tenía al prior en grandísimo aprecio, hubo salido de Italia. Citado á Roma, se excusó Savonarola con su salud quebrantada; pero ya era la citación un signo de la gran influencia que iban ganando los adversarios del prior.

Mientras tanto iba haciéndose apuradísima la situación de Florencia, amenazada por Venecia, por Ludovico Moro y por Maximiliano, que se declaró protector de Pisa. Savonarola sostuvo con sus sermones y avisos políticos el valor de los habitantes, y algunas ventajas que los florentinos alcanzaron sobre sus enemigos aumentaron el crédito del predicador, que por su parte avanzó con creciente afán en su tendencia á purificar y santificar la vida y las costumbres de sus conciudadanos. Florencia empezó en efecto á pare-

cerse á un gran convento de penitentes fanáticos, lo cual por otra parte aumentó el número de los adversarios declarados y ocultos del celoso predicador, hasta que éstos en unión con los partidarios de los Médicis en la primavera del año 1497 suscitaron tumultos para impedir los sermones.



Escena de la vida religiosa en Italia (1400).

Relieve que se halla sobre la puerta de la iglesia de la Cartuja de Pavía y representa la colocación de su primera piedra.

Obra de Juan Antonio Amadeo, que vivió de 1447 á 1522.

Los adeptos de Savonarola para proteger á su maestro echaron mano á las armas. Florencia representaba dos campamentos enemigos, cuando el papa Alejandro VI excomulgó á Savonarola y á sus partidarios; y aunque el maestro se esforzó por justificarse ante el Papa con todo el respeto debido, tuvo que renunciar á todo ejercicio eclesiástico y de consiguiente á la predicación hasta nueva orden. Esto aumentó el número y la audacia de sus enemigos, y al propio

tiempo volvió á asomar la cabeza la antigua licencia en las costumbres, empezando por los muchos que sin convicción interior verdadera se habían dejado llevar de la corriente. Savonarola, para evitar que el mal tomara proporciones mayores, se decidió á predicar de nuevo, no obstante estar excomulgado, despues de haber aprovechado el tiempo de inacción para exponer con gran precisión y erudición teológicas en un escrito titulado: «El triunfo de la cruz,» su doctrina, que era estrictamente católica; pero en este escrito si por una parte declaró que para vivir en Cristo era indispensable no separarse de la fe católica, por otra parte atacó mas duramente que nunca al Papa. Alejandro VI á consecuencia de estos ataques pidió en febrero de 1498 su extradición al gobierno de Florencia, el cual la negó haciendo valer en su apoyo los grandes méritos contraídos por Savonarola en favor del país y de los habitantes; pero nuevas intimaciones del Papa consiguieron que aquel gobierno prohibiera á Savonarola predicar. Entonces este último apeló



Moneda de plata del emperador Maximiliano I y de su esposa Blanca María Sforza (tamaño del original).

Anverso.—En el centro los dos bustos de los soberanos. Inscripción circular: MAXIMILINVS. RO. REX. ET. BLANCA. M. CONIVGES. IV.

Reverso.—En el centro la Virgen con el Niño Jesús, rodeados de ángeles. Inscripción circular: ESTO. NOBIS. TVRRIS. FOR(tis). A FACIE. INIMICI.

Consérvase en el Gabinete Numismático de Berlín.

en términos ardientes á un concilio general y escribió en este sentido solicitando la cooperación de su protector, el rey Carlos VIII de Francia, y la de los reyes de Alemania, Inglaterra, Aragon, Castilla y Hungría. Las cartas en que la solicitaba fueron interceptadas por los agentes del duque de Milan, que las envió á la curia, dándole así el arma que buscaba para aniquilar al peligroso agitador, á quien acusó formalmente de hereje. La antigua rivalidad entre las órdenes de San Francisco y Santo Domingo enardecieron las pasiones hasta tal punto que algunos de los adeptos mas fanáticos de Savonarola se ofrecieron á pasar por la prueba del fuego para quitar las dudas que se levantaron contra su maestro. Los preparativos para la ordalía dieron lugar en 7 de abril de 1498 á un tumulto; los adversarios de Savonarola, con el fin de que no se realizara la ordalía, pusieron condiciones que no pudieron aceptar los adeptos, los cuales entonces fueron acusados de buscar subterfugios para esquivar la prueba. Los enemigos del agitador excitaron contra él al pueblo por otros medios, y consiguieron una reacción tan completa y súbita, que en un momento perdió su fama de santidad el predicador. Este momento aprovecharon sus contrarios y los amigos de los Médicis para perderle; el pueblo maltrató á sus adeptos y penetró violentamente en el convento de San Marcos, haciendo prisionero al prior y á los suyos. Los amigos que Savonarola tenía en el gobierno fueron expulsados de sus puestos y reemplazados por los del partido vencedor, los cuales formaron un tribunal extraordinario y especial para instruir el proceso al prior, que fué acusado de cuanto quisieron sus enemigos para sentenciarle

á muerte. Savonarola, enfermo y aturdido, si en su mayor auge había dudado con frecuencia de sí mismo y de su misión, mas llegó á dudar cuando se vió en frente del martirio. Su actitud vacilante y contradictoria facilitó á sus jueces la realización del propósito que habían formado y los medios para encubrir un tanto á los ojos de los contemporáneos lo infuco de aquella causa y de su proceder, el cual fué confirmado y legalizado por comisionados que el Papa envió á Florencia á toda prisa. El 23 de mayo de 1498 fueron ahorcados Savonarola y sus dos adeptos principales los frailes Domingo y Silvestre, y quemados sus cadáveres en la plaza delante del palacio del gobierno. Los demás individuos del convento de San Marcos se salvaron renegando de su prior y antes idolatrado maestro, de quien decían que les había seducido, por lo cual se declararon prontos á cumplir la penitencia que se les impusiera.

En el terreno político, el triste fin del piadoso y exaltado predicador, de cuyo apostolado, entusiasmo y energía la curia romana no supo sacar las ventajas que habria podido para mejorar su posición, tuvo por consecuencia una exacerbación de las luchas de los partidos en que estaba dividida Florencia, y lo mismo sucedió en los demás municipios de Toscana que dependían de la capital y que esperaban conservar su libertad reconquistada. El gobierno, no obstante haber muerto Carlos VIII el día de la prisión de su ardiente partidario, permaneció fiel á la alianza francesa para no caer otra vez en poder de Pedro de Médicis ni en manos de César Borgia, que codiciaba la Toscana, y tambien porque se estaba preparando una nueva invasión francesa.

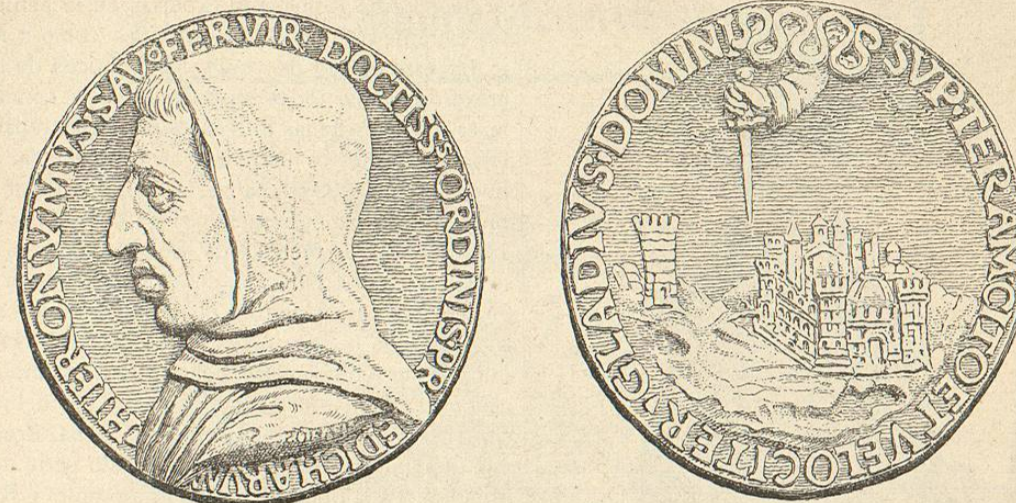
El mal éxito de la campaña italiana de Carlos VIII, á pesar de todos sus fáciles triunfos, había hecho patente que el establecimiento del dominio francés no era posible sino empezando por la Italia del Norte, á saber: por la posesión de Milan, exactamente como en tiempo de los Hohenstaufen. Con esta convicción, Luis XII, el sucesor de Carlos VIII, empezó por hacer valer sus derechos sobre Milan como nieto tambien de Valentina Visconti, contando con que una vez dueño de la Lombardia podria realizar la conquista definitiva y permanente del reino de Nápoles. Mas circunspecto y hábil que su predecesor, aseguró el éxito de su empresa por la vía diplomática. Estaba en paz y en relaciones amistosas con Inglaterra y Suiza; del imperio alemán que se iba desmoronando y que además estaba por la parte de Suabia envuelto en la guerra contra la confederación suiza, nada tenia que temer; Felipe de Borgoña, hijo de Maximiliano, se separó de la política inconstante y falta de medios de su padre é hizo la paz con Francia, que por su parte renunció á la Borgoña. Quedaba Fernando de Aragon, el cual como buen calculador prefirió proceder de consuno con los franceses para realizar su propósito de restituir el reino de Nápoles á la rama legítima de su casa. Con esto se ahoraba el tener que quitar mas adelante este reino á Luis XII, pero por otra parte estaba convencido de que no tardaria en reñir con este aliado, y decidido á desembarazarse de él á la primera ocasión favorable.

En el verano del año 1499 el ejército francés, compuesto de cerca de 30,000 hombres, pasó al través de Saboya al Piamonte y dejando terribles huellas de su paso en todo el camino llegó á Milan, que se sometió como todo el ducado al invasor. Ludovico el Moro, al ver que sus medios de defensa eran insuficientes para luchar con buen éxito contra el ejército francés, había abandonado su ducado para alistarse en el Tirolo tropa alemana. En pocas semanas estuvo toda la Alta Italia en poder de los franceses, mas á principios del año 1500 cambió súbitamente de aspecto toda la situación: Ludovico Moro regresó con fuerzas alemanas, engrosadas

por sus partidarios, y los franceses fueron expulsados de la mayor parte del Milanesado. Sin embargo la restauración de la autoridad del duque Ludovico duró muy poco, porque sus soldados mercenarios se amotinaron y le entregaron á los franceses, los cuales le condujeron á Francia, donde acabó sus días en estrecha prisión, mientras la Italia era víctima de la invasión extranjera que Ludovico había atraído sobre aquel país infortunado. El Milanesado fué agregado á la Francia, y Maximiliano, á quien el astuto Luis XII había puesto el cebo de un matrimonio que emparentara las familias de Habsburgo y Valois, reconoció el hecho consumado y hasta lo consagró en la primavera del año 1505 con la formalidad, por cierto vana, de dar al rey de Francia la investidura del feudo milanés.

Entretanto la situación del rey de Francia en Italia se

había robustecido con la conquista de Nápoles, á donde había dirigido Luis XII sus armas el año 1501, en virtud de un convenio de partición de este reino hecho en Granada con los reyes Católicos. Fadrique solicitó en vano el auxilio de sus parientes españoles, de Maximiliano y del Papa; para salvar su corona ofreció hasta hacerse vasallo de la de Francia, y finalmente, viéndose abandonado de todos, entró en negociaciones con el sultan de Turquía para un convenio de alianza defensiva. Con esto dió á sus enemigos, codiciosos de su reino, el deseado pretexto para caer sobre él con el asentimiento y la bendición del Papa, como aliado de los infieles y enemigo de los cristianos. Fué, pues, vencido; en el verano del año 1501 fué atacada Nápoles simultáneamente por una escuadra española y el ejército francés, y tomada sin resistencia seria; el rey Fadrique fué conducido prisionero



Medalla de cobre con el busto de Savonarola (tamaño del original).

Inscripción del anverso: HIERONYMVS. SAVO. FER(rariensis). VIR. DOCTISS. ORDINIS. PREDICARVM. SVP. TERRAM. CITO ET VELOCITER. GLADIVS. DOMINI. — Inscripción del reverso: ESTO. NOBIS. TVRRIS. FOR(tis). A FACIE. INIMICI.

Consérvase en el Gabinete Numismático de Berlín.

nero á Francia, y su hijo Fernando, de edad de 14 años, hecho prisionero tambien á la caída de Tarento, por él defendida valerosamente contra la escuadra española, fué llevado á España, á pesar de haber prometido los sitiadores á los sitiados dejarle salir libremente y dirigirse á donde quisiese.

Entretanto los aliados habían auxiliado tambien con una parte de la escuadra y del ejército á César Borgia para conquistar la Romagna, y á la ciudad de Florencia contra la de Pisa.

Verificada la conquista de Nápoles por los franceses y españoles, surgió la discordia entre los vencedores por el reparto del botín, cosa evidentemente prevista por Fernando de Aragon. Segun el convenio de Granada, tocaba á los españoles el Mediodía, á saber, la Pulla y la Calabria, y á los franceses el Norte del reino con la capital, y sobre la fijación de la línea divisoria estalló una contienda tan violenta entre los gobernadores y generales de los aliados, que degeneró en 1502 en guerra abierta. El célebre general español Gonzalo de Córdoba, no pudiendo hacer frente al ejército francés en campo abierto con su escasa fuerza, encerróse en la plaza fuerte de Barletta, desde donde, en contacto siempre por mar con España, fué haciendo á los valientes caballeros franceses una guerra llena de peripecias novelescas. Despues de haber rechazado é inutilizado así todos los ataques de los franceses, en la primavera del año 1503 tomó

la ofensiva; cerca de Cerignola, no lejos de la antigua Canas, causó á los franceses mandados por el duque de Nemours una derrota terrible, y á mediados de mayo entró triunfante en la capital. Entonces enardeciose la guerra mas que nunca, porque el rey de Francia y su pueblo quisieron tomar el desquite. Una tentativa de Felipe de Borgoña propuso desposar á su hijo Carlos, que entonces solo tenia tres años y fué mas adelante el emperador Carlos V y Carlos I de España, con Claudia, hija de Luis XII, de edad de cuatro años, y conceder á esta pareja cuando se casasen el reino de Nápoles, renunciando á favor de ella tanto el rey de Francia como los reyes de España á sus derechos sobre aquel reino; pero esta tentativa para restablecer la paz no tuvo éxito. Continuó, pues, la guerra entre los beligerantes no solamente en Italia sino tambien del lado de los Pirineos; pero la tentativa de Luis XII de invadir España por tierra y hacer un desembarco simultáneo en Cataluña tuvo un éxito desgraciado, mientras el resto de su ejército, derrotado en Italia, se encerró en Gaeta y se vió obligado á rendirse á principios del año 1504. Con esto los españoles quedaron dueños únicos de toda la Italia meridional. Nápoles, visitada con todo el boato regio por Fernando el Católico, fué abandonada por Luis XII en la paz de Lyon, en la primavera del año 1504, para salvar su conquista del Milanesado; pero este arreglo no pudo ser duradero y dió lugar á nuevas complicaciones. Génova, que por haber formado